

TEATRO

Marcha atrás

«Non plus plis» fue hace algún tiempo, uno de los espectáculos más sugestivos de nuestro teatro independiente. Frente a la habitual propensión al mimetismo formal, a la reiteración de los supuestos de la expresión escénica, el grupo catalán de Els Comediants se planteaba un trabajo asentado en una poética a la vez nueva y coherente.

La inspiración estaba en las plazas mayores, en las fiestas de gigantes y cabezudos, en las comparsas que cuentan breves historias satíricas con música callejera. La palabra no cabía en esta poética. Con ambigüedad y alguna que otra pista contundente, en el clima informal de las serpentinatas y los petardos. «Non plus plis» iba desarrollando unas cuantas situaciones, cuyo sentido crítico resultaba finalmente inequívoco. Aquello era una fiesta, con todas las resonancias de jolgorio popular que venían al caso, pero una fiesta lúcida, en la que las máscaras ayudaban a clarificar el sentido crítico de las imágenes. Así fue entendida «Non plus plis» en muchos lugares. Y por ello pasó a ser un espectáculo importante en el teatro español de nuestros días. Lo que acabamos de ver en el Alfíl —dentro del I Festival Internacional de Teatro Independiente— dista bastante de lo antes descrito. E importa decirlo, para que quienes vieron allí por primera vez el espectáculo —es la primera vez que se ha montado en un teatro «regular» madrileño— encajen adecuadamente la aureola con que venía envuelto.

Desde luego, la sala no beneficiaba en nada al espectáculo. Hacer de

un pequeño teatro a la italiana una plaza mayor es imposible. Por más que se pongan bombillas de colores en el patio de butacas y anden los actores por los pasillos repartiendo vino y arrojando confetis. Pero aun aceptado esto, el hecho es que asistimos a un espectáculo decididamente privado del encanto que siempre tuvo. Todavía la primera parte se mantuvo cerca del tono ya conocido, pero la segunda atentó seriamente contra nuestra memoria del espectáculo. El clima de fiesta popular fue convirtiéndose en el de guateque o coñillón de Navidad. Los nuevos instrumentos eléctricos —de un valor teatral bien distinto a los anteriores— impusieron reminiscencias de discoteca; el sarcasmo se hizo chiste...

Es preciso escribir todo esto. Nuestro teatro independiente ha de vencer muchos obstáculos para conseguir un trabajo convincente. «Non plus plis» lo era, y a juzgar por lo visto en el Alfíl, ya no lo es, degradado por el propio grupo. Por eso uno tiene —memoria contra presente— que defender Els Comediants y el innegable valor de su aportación teatral, diciendo que lo visto la otra noche no era el «Non plus plis» que, por poner públicos bien distintos, entusiásticamente meses atrás a los universitarios del San Juan o al público popular del Festival de Almería. ■ JOSE MONLEON.

«Puerto Rico, Fua»

Durante muchos años, el tono general del teatro puertorriqueño lo daban las representaciones del teatro Tapia —el gran teatro de San Juan—, a menudo intrascendentes. Sólo en los periódicos festivales, organizados por instituciones oficiales, se rompía decididamente la norma, dándose paso a una dramaturgia en la que Luis Rafael Sánchez y René Marqués han quedado como nombres fundamentales.

Posteriormente, el panorama se rompió. De un lado, aparecieron los grupos y espectáculos claramente comprometidos, con la afirmación cultural y política del país. Grupos como el que vi el año pasado en la salita de Anamú, con una obra feroz contra la destrucción neoyorquina de los emigrantes puertorriqueños; espectáculos como el de la «Descomposición de César Sánchez», de Walter Rodríguez, contra los «revolucionarios de café», o el que, bajo el título de «Línea viva», formulaba, con estructura de revista musical, una crítica global a la realidad política de la isla.

Del otro lado estaban grupos como el Teatro del 60, entregados a lo que podríamos calificar de «gran repertorio internacional». En la muestra celebrada en San Juan el pasado año presentaron una obra de Dürrenmatt, y recuerdo que en el debate posterior se les reprochó el cultivo de un teatro que tenía muy poco que ver con la realidad puertorriqueña.

En todo caso, un hecho era evidente. Si la mejor tradición dramática de Puerto Rico nacía de una voluntad de afirmación nacional —y a ella pertenecen, con su personalidad singular, los citados René Marqués y Luis Rafael Sánchez—, era precisamente la exacerbación de ese sentimiento de independencia lo que generaba el florecimiento del nuevo teatro de Puerto Rico. Por eso, en definitiva, la «corriente cultural» que tipificaba Teatro del 60 fue cuestionada. Por eso, también, no me ha sorprendido nada ver ahora al mismo Teatro del 60, entregado al montaje de un espectáculo crítico, ya decididamente arraigado en los problemas del país. Al hombre abstracto, al «drama del ser humano», se ha preferido el hombre concreto de Puerto Rico, elaborando un espectáculo cuyos temas y cuyo lenguaje se encuentran en íntima relación con él. El trabajo se ti-



«Puerto Rico, Fua», un grito independentista del grupo Teatro del 60, de San Juan.

tula «Puerto Rico, Fua», y no sólo llena el teatro Silvia Rexach, de San Juan, todas las noches, sino que su éxito en el Festival de Caracas le abrió prácticamente la posibilidad de una gira —cosa que jamás le había sucedido a un grupo puertorriqueño— por toda América Latina.

El hecho es importantísimo en la vida del teatro de Puerto Rico, e, incluso, en el ámbito de América Latina. Como ha sucedido en Colombia, con «El caso Panamá» —del Teatro Popular de Bogotá—, la creación de un espectáculo crítico arraigado en la vida del país por compañías que llevaban años haciendo un trabajo «teatralmente serio» ha supuesto una conciliación decisiva. A buena parte del teatro de agitación —de base generalmente universitaria— le sobra empacho teórico, declaraciones y manifiestos envolviendo espectáculos cuyos esquematismo ideológico y pobreza teatral los rinden, en definitiva, estériles. Al teatro «cultural» le ha faltado, en cambio, una mayor atención a lo inmediato, una capacidad para vincular el escenario a la calle, el personaje al espectador sentado en la butaca. De ahí el enorme valor de espectáculos como «El caso Pana-

má» o este «Puerto Rico Fua», de Carlos Ferrari, el director del Teatro del 60.

Cuéntanse en la obra, con mordacidad e ironía, una serie de capítulos de la Historia de Puerto Rico. La colonización española es el blanco de casi tres cuartas partes de espectáculo. Hasta ahí todo es amable para el espectador. Porque aun cuando el pasado sirva en parte para explicar el presente, en última instancia, el colonizado de hoy encuentra en el colonizado de ayer una justificación de su estado. El espectáculo se complica cuando entran los Estados Unidos en la danza, cuando la arbitrariedad de otra hora, las humillaciones seculares, dejan paso, entre canciones y parodias, a las vejaciones coloniales del presente. El espectador se siente entonces atrapado, reducido a personaje perpetuamente dominado y fatalista. Desde la imposición del inglés a la de Santa Claus, desde la celebración puertorriqueña de la independencia... de los Estados Unidos a los puertorriqueños muertos en Corea y en Vietnam, todo adquiere una dimensión indigerible. A las risas, al humor, al sumiso «¡Dios bendito!», se agrega un punto de acritud y, sobre todo,

de esperanza. La propuesta es obvia: algún día acabará el desigual matrimonio —celebrado en el escenario— entre la «Perla del Caribe» y «Tío Sam», y Puerto Rico será un país de América Latina.

Digamos que «¡Fua!» es una expresión popular puertorriqueña que significa algo así como de pronto, de repente. Su inclusión en el título de la obra es ambigua. Para mí, expresa el encuentro de los componentes del Teatro del 60, después de varios años de trabajo, con una realidad ya fulminante: la de Puerto Rico.

La sala está llena. Afuera, el calor del trópico. Dentro, el calor y los aplausos de la afirmación colectiva. ¡Puerto Rico, Fua! ■ JOSE MONLEON.

«Poeta en Nueva York»

Hace unos años, la Real Escuela Superior de Arte Dramático pareció dispuesta a desbarazarse de su tradición de Conservatorio. Es decir, a sustituir el estudio y repetición de un patrón tradicional por la búsqueda de las vías expresivas de un teatro de nuestra sociedad y nuestro tiempo.